

Parábolas Y Analogías

Lección 57

El Fariseo Y El Publicano

por Douglas L. Crook

Nuestra lección de hoy se encuentra en Lucas 18:9-14, donde tenemos la parábola de dos oraciones muy diferentes de dos hombres muy diferentes. Uno era un fariseo muy religioso y el otro un publicano corrupto. Un publicano era un judío que recogía impuestos de los judíos para los romanos. A menudo los publicanos abusaron su autoridad para cobrar más de lo necesario para hacerse ricos. Leamos la parábola.

Lucas 18:9-14

9 A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola:

10 Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano.

11 El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano;

12 ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano.

13 Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador.

14 Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.

Hay una serie de lecciones importantes que se enseñan en esta breve parábola. El versículo 9 establece la razón de la parábola y a quién se dirigió la parábola. La razón por la que Jesús habló esta parábola fue para condenar los pecados del orgullo moralista y el odio a otros considerados inferiores a uno mismo. Fue dirigido a los fariseos y otros líderes religiosos que sentían que merecían las bendiciones de Dios porque eran mejores que los demás.

Ambos hombres vinieron al templo a orar, pero con actitudes y motivos muy diferentes. El fariseo llegó para ser visto y oído por otros y se jactó ante Dios de que era mucho mejor que los demás. Pensó que Dios era afortunado de tener a un hombre como él para representarlo aquí en la tierra y que Dios le debía bendición y honor. Jesús describe con exactitud que el hombre ora consigo mismo, porque Dios no escucha ni responde a tales oraciones hipócritas.

El error del fariseo al medir su propia justicia y bondad fue que se estaba comparando con otros hombres y se hizo muy superior a los demás.

2 Corintios 10:12

12 Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos;

pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos.

Incluso al compararse a sí mismo con otros cometió el error de medir su justicia por sus obras religiosas y no por la condición de su corazón que estaba tan manchado por el pecado como los pecadores con quienes buscaba compararse.

Jeremías 17:9

9 Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?

El corazón del hombre está contaminado por el pecado que constantemente se inclina contra la voluntad de Dios. Incluso los religiosos en su religiosidad están cometiendo el pecado de arrogancia al pretender merecer la bendición y la aprobación de Dios basadas en sus obras.

Romanos 5:18-21

18 Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida.

19 Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.

20 Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia;

21 para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.

El fariseo podía haber pagado muy bien sus diezmos y ayunado dos veces por semana, pero

pensar que tales actos podrían expiar el pecado del orgullo o la mentira o el chisme o cualquier otra obra de la carne es un orgullo tonto.

Santiago 2:10

10 Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos.

A menudo es muy difícil testificar a una persona religiosa y moral y hacerle ver su necesidad de confiar en el sacrificio de Cristo para su salvación porque cree que tiene o puede ganarse la aprobación de Dios por su propia fidelidad y buenas obras. Después de todo, no son tan malos. Pero pensar de esa manera es en sí mismo una blasfemia contra Dios.

Romanos 3:9-12

9 ¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado.

10 Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno;

11 No hay quien entienda,

No hay quien busque a Dios.

12 Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

Romanos 3:21-26

21 Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas;

22 la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia,

23 por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios,

24 siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús,

25 a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,

26 con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.

El fariseo, a pesar de toda su jactancia, permaneció condenado en su pecado ante un Dios santo.

El publicano en la sociedad judía de esa época era considerado un sinvergüenza y un traidor por trabajar con los romanos en la recolecta de impuestos. Eran conocidos por cobrar de más a sus compañeros judíos y embolsarse del exceso.

No sabemos qué llevó a este hombre al templo a orar, pero dudo que fuera su costumbre. Algo llevó a este hombre a un punto en su vida en el que se dio cuenta de que su estilo de vida pecaminoso no le estaba dando el gozo o la paz que el hombre busca tan desesperadamente.

Sabía que necesitaba una relación con Su Creador si quería encontrar un propósito y un significado para la vida. También sabía que no tenía derecho a pedir ni esperar nada de Dios, ya que había ofendido tanto Su santidad y justicia con sus muchos

actos de pecado. El publicano se comparó a sí mismo con Dios y descubrió que en verdad estaba muy lejos de la gloria y santidad de Dios. El publicano incluso se sintió incómodo al ir al templo de Dios. Se quedó lejos, en un rincón en algún lugar y ni siquiera podía levantar los ojos hacia el cielo. Se sintió como Isaías en la presencia de un Dios Santo.

Isaías 6:1-5

1 En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo.

2 Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban.

3 Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.

4 Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo.

5 Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.

La justificación ante Dios es simple, pero consiste de una serie de elementos que son esenciales para la salvación que viene a través de la fe en Jesucristo.

El primer paso es la convicción de que somos pecadores y necesitamos un Salvador. El Espíritu Santo es fiel para traer convicción.

Juan 16:7-11

7 Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.

8 Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.

9 De pecado, por cuanto no creen en mí;

10 de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más;

11 y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.

El Espíritu Santo será fiel para convencer de pecado, pero hay que ceder a esa convicción y le llevará a humillarse ante Dios, como lo hizo el publicano. Venimos no exigiendo nada, sino pidiendo misericordia y gracia.

Proverbs 3:34-35

34 Ciertamente él escarnecerá a los escarnecedores,

Y a los humildes dará gracia.

35 Los sabios heredarán honra,

Mas los necios llevarán ignominia.

La verdadera humildad conduce al arrepentimiento.

2 Corintios 7:9-10

9 Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte.

10 Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no

hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.

Este proceso es el mismo sea para el pecador que busca la salvación o para el creyente que busca la restauración a la comunión después de haber pecado contra su Padre Celestial. La tristeza piadosa que resulta de la convicción conduce al arrepentimiento que encamina a la salvación de los inconversos y a la restauración del hijo de Dios.

Esta ha sido siempre la manera en que Dios ha hecho que los hombres sean justificados en Su presencia. Convicción, humildad, arrepentimiento, fe en la promesa de la gracia de Dios.

Dado que Cristo vino e hizo el sacrificio completo y final por el pecado, la fe que Dios requiere para la salvación es la fe en Jesucristo. Nos humillamos para comprender que nunca podremos expiar ni siquiera uno de nuestros pecados, y mucho menos la fea mancha del pecado que heredamos de Adán y que contamina todo lo que hacemos y decimos. Nuestra fe está en la promesa de la gracia de Dios que perdona y que da vida eterna a aquellos que aceptan a Jesús como su Salvador.

Juan 3:16-18

16 Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

17 Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.

18 El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

¡Gracias a Dios por la justificación por fe y solo por fe!

Tito 3:1-7

1 Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra.

2 Que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres.

3 Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros.

4 Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres,

5 nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo,

6 el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador,

7 para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.